

synoptic tables. But in Alfonso Reyes the artist is not smothered by the encyclopaedist. He draws sharp and intricate lines, but he knows that they are of our own making, and meant to be transcended. "Pero el progreso del conocimiento consiste en perderse para salvarnos; y el humano pensar vive siempre del contrabando. Este límite debe, pues, entenderse con delicadeza, con cierta 'nobleza de conducta,' y bien puede decirse que es un límite en marcha." Reyes possesses *l'esprit de finesse* as well as *l'esprit géométrique*.

Albert GUERARD.

Stanford University.

Books Abroad - University of Oklahoma,
Norman Spring 1945.

EL DESLINDE

PROLEGOMENOS A LA TEORIA LITERARIA

(El Colegio de México, México, 1944)

Alfonso Reyes

Con grave sentido de responsabilidad, con plena conciencia de la inextricable complejidad de la tarea, en posesión del dominio que la madurez otorga, emprende el autor el deslinde. Trátase de delimitar, en el ancho cauce de las actividades humanas, aquello que pertenece específicamente a la creación literaria, separándola, mediante finos cortes longitudinales y transversales y delicadas incurvaciones adheridas a la línea de su fluctuante realidad, de los territorios que inciden en ella por razón de su universalidad humana o de aquellos sobre los que ella avanza —préstamos y empréstitos— al servicio de fines ajenos a la pureza de su más íntima intención.

Puntos de partida e incitantes de la empresa: por el fondo, el voluminoso intento de morfología histórica de J. Toynbee en su *A study of History*; en la forma, el método fenomenológico de descripción pura de esencias propuesto por Edmundo Husserl y aplicado, en una u otra forma, a las diversas esferas de la realidad, por la totalidad de sus discípulos.

De la primera toma el movimiento y la intención, llevándolos a un asunto inédito. El método fenomenológico sólo puede alcanzar aplicación a tema tan sutil y flúido —y así lo ve con gran perspicacia el autor— mediante el aprovechamiento de la distinción husserliana entre esencias exactas e inexactas. Trátase de la delimitación de un campo de realidad por esencia inexacto, indeciso y aproximado. "El estudio del fenómeno literario es una fenomenología del ente flúido".

El libro se divide en dos partes de desigual alcance y volumen. La primera —su cuerpo central, la “primera tríada teórica”, de línea vertical— traza los límites de la actividad literaria pura frente a las dos actividades fundamentales relativas al “ente real” —la historia y las ciencias, en el sentido de la ciencia natural. La segunda —“que podemos considerar de línea transversal” —atañe a la discriminación entre las actividades literarias y las ciencias relativas a entes “sui generis” —la Matemática y la Teología. De los ocho capítulos del libro, siete pertenecen a la primera. La segunda se encierra en un solo capítulo “apendicular”, “emprendido tan sólo por lujo de análisis y de amor”.

La primera —y aun la totalidad de la obra— procede mediante una serie de tapas concéntricas a través de las cuales, apretando gradualmente la retícula, se llega, por una serie de tanteos sabiamente graduados, a la aprehensión de la “diferencia específica”.

Con minuciosa, sutilísima y precisa matización se consideran la totalidad de los aspectos noéticos y noemáticos, semánticos y poéticos, de contenido y de intención de cada una de las esferas propuestas. Frente a la historia y a la ciencia —“familia del suceder real”— se destaca la literatura como “familia aparte del suceder ficticio”. Precisar y discernir el sentido de la “ficción literaria” es el objeto de los capítulos culminantes y con mayor perfección logrados: el relativo a la ficción literaria propiamente tal y el consagrado al deslinde poético. El análisis de la función mimética en su sentido profundo, al filo de una certera interpretación de la mimesis helénica, la clara discriminación del sentido de la “verísimil” —opuesto a lo verosímil— y el amplio desarrollo lingüístico sobre la función poética encarnada en la virtud transfiguradora de la palabra, desarrollados con arte y maestría, henchidos de fulguraciones luminosas, ofrecen el encanto que emana siempre del esfuerzo concentrado y reflexivo de un artista empeñado en tomar clara conciencia del sentido universal y humano de su propia tarea. No es la obra de un erudito —aunque la erudición alardee en

ellos—. Alfonso Reyes, escritor y poeta por necesidad de la más íntima vocación, llegado a la plenitud de su madurez, se inclina sobre sí mismo y trata de explicar, ante sí mismo y ante los demás, la esencia de su propia consagración. Todo lo demás es instrumental y adjetivo.

“Todas las demás actividades teóricas pueden existir en la mente como ejercicio no formulado en palabras. La literatura sólo existe cuando es ya una formulación en palabras. El novelista, por ejemplo, decide “in mente” comenzar por el suicidio del personaje, y luego retroceder a explicarlo. Pues bien: tal ordenación serial de asuntos es, sin duda, una manera de forma interior, psicológica, pero todavía no es literatura. La obra literaria comienza con la primera frase que se construye, forma exterior, poemema propiamente dicho. Y este fraseo, este empezar a vivir en la expresión verbal, va refluendo a su vez sobre las distribuciones y aun las elecciones de ulteriores temas. De suerte que, prescindiendo aquí de la génesis literaria, la obra, la literatura queda, para el estudio del fenómeno, confundida, consustancialmente en la poética. Es más, el estudio de la génesis nos convence de que, a veces, el primer paso fue un prurito poético (verbal), el cual después sorbió para sí los semantemas”... “Dijimos antes que tales cristalizaciones son los obstáculos que, haciendo rebotar el impulso lírico, lo robustecían y le permitían seguir su marcha. Ahora, añadimos que tales cristalizaciones obedecen a la ley respiratoria de la poética literaria. Y, además, traen todavía el resabio de aquel vaivén propio de los estilos mímicos anteriores a la palabra, a la especialización oral de las comunicaciones. De aquí que Díaz Mirón, en su *Epístola jocosaria*, que es un arte poético en miniatura, sintiera la necesidad de insistir en este aspecto de la cuestión —el menos popular, el más profesional— y declarara rotundamente: “Forma es fondo”.

Esta aureola verbal, idealizadora y transfigurante, constituye el punto capital del deslinde. En su esforzada delimitación se halla, a nuestro entender, su mayor encanto.

A medida que nos adentramos en la discriminación propuesta vamos sintiendo hasta qué punto su método y su estilo difieren de la rigurosa "delimitación de esencias" aconsejada o prescrita por el fundador de la denominada "fenomenología". Poco tiene que ver el "deslinde" con el primitivo incitante de su actitud metódica. Este ha servido a lo sumo de leve trampolín para realizar el gran salto. Pero el salto mismo ahí está. Apréstense los paladines para entrar en la palestra.

Una observación para terminar. Acaso no se me alcance la intención que la haga inútil. En sus partes accesorias —definición de los campos colaterales, ciencia, historia, matemática, teología— creo advertir un cierto desequilibrio en la economía general del libro. Para las personas competentes, muchas de sus disquisiciones no parecen indispensables. Para las profanas, es dudoso que resulten suficientes. Para las primeras bastaría una alusión sintética. Para las segundas se requerirían más largos desarrollos. Y, a falta de estos, más bien parecen desdibujar las líneas que proyectar claridad sobre el conjunto.

En todo caso, y aun en ausencia de una justificación más directa, dado el gozoso ímpetu con que la totalidad ha sido concebida y realizada, todo queda perfectamente explicado "por lujo de análisis y de amor".

Sea esta breve nota —pálido reflejo de un libro henchido de substancia— apremiante invitación a sumergirse en sus páginas.

Joaquín XIRAU.

Revue de l'IFAL No. 1, México,

30 de junio de 1945, págs. 207-208.

LOS TEMAS MEXICANOS EN LA OBRA DE ALFONSO REYES

DESDE *Cuestiones Estéticas*, editado en 1910, a la segunda serie de *Capítulos de Literatura Española*, que acaba de aparecer, es variadísima la obra literaria y crítica de Alfonso Reyes. Mas como denominador común y sello de uniformidad, posee, amén de la riqueza de ideas y de la calidad perfecta del estilo —instrumento de precisión sin igual para expresar hasta los más sutiles matices del pensamiento—, el propósito de servir a la cultura mexicana, ayudando a incorporarla, con el carácter que le es propio, a la cultura universal. Inclusive si tratan materias generales, de ninguno de sus libros está ausente lo mexicano, cuando no explícito mediante alguna referencia, latente en la entraña misma de la sensibilidad. "Será mexicano, dice en su *Voto por la Universidad del Norte* —la de Monterrey—, todo lo bueno que haga un mexicano". Y muy bueno es lo mucho que ha escrito Alfonso Reyes.

Mostrar cómo lo mexicano es la raíz, cuando no la substancia, de una obra que entre libros y folletos pasa ya del medio centenar de títulos, requeriría un extenso ensayo. En cierto modo, el propio autor ha trazado el esquema, que es su opúsculo *A vuelta de correo*. Ahí señala que no hay uno solo de sus libros "en que no aparezcan el recuerdo, la preocupación o la discusión del tema mexicano". Intentaré pues, únicamente, fijar algunos hitos.

El amor a México, el interés por las cosas patrias se externa ya en las páginas que llevan por título *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*, editadas en 1911. Es también la semilla de *Visión de Anáhuac*, evocación tan bella, tan precisa, que su epígrafe: "Viajero, has llegado a la región más transparente del aire", se ha vuelto lugar común; se dijera anónimo, obra de siempre, voz de la raza. Da origen asimismo a otro mexicanísimo libro: *El testimonio de Juan Peña*; a los perspicaces y doctos ensayos acerca de Manuel

José Othón, el P. Mier y don Juan Ruiz de Alarcón, así como a los recogidos en *Pasado Inmediato*; al estudio titulado *El Periquillo Sarniento y la crítica mexicana*; al "arranque de novela" *Los dos augures*; a los varios artículos relativos al poeta de *Serenidad*, reunidos en *El tránsito de Amado Nervo*. Corto aquí el raudal; en todos los libros de Alfonso Reyes —cabe repetir—, cuando no sea mexicano el asunto, hay referencias a lo mexicano o se advierte, discreto y sobrio, el espíritu mexicano.

También en sus poemas —testimonio de su amor a la forma pulida y a la idea pura, y de su fina sensibilidad, templada a veces por el humorismo— efluye la esencia mexicana. Muchos habría que citar. En *Golfo de México* enuncia, con percepción tan certera como la forma de hacerlo sentir, el contraste entre La Habana, de cara al mar, y Veracruz, vuelta hacia la tierra, que "triunfa y manda". El paisaje —lo psicológico no menos que lo topográfico— está pintado con espejeantes imágenes en esas seis o siete docenas de versos, ricos de substancia y muy musicales.

Más grave es el acento de *Yerbas del Tarahumara*: se gusta ahí "aquella desazón tan generosa —de otra belleza que la acostumbra—". Es savia de ese poema la conmovida comprensión del indio.

En alguna de las composiciones reunidas bajo el título de *Otra voz*, el poeta evoca el sol de Monterrey; y bosqueja "los riesgos de la vida militar" en un donoso "corrido". Saca a cuento la "salsa mola mexicana" en la deliciosa *Minuta*, breve obra maestra de alacridad y de gracia, cuyo epígrafe toma de *La Verdad Sospechosa*; de la misma comedia cita dos cuartetos en oportuna *Reminiscencia*. Inclusive en el poema *A la memoria de Ricardo Güiraldes* encuentra manera de mencionar "la tierra del sarape" y esboza rasgos del hombre de campo americano, ranchero o gaucho.

También los problemas de esta patria mayor que es América mueven su pluma, en ensayos de jugosísima doctrina. Algunos forman un libro: *Ultima Tule*, venero de ideas y gustoso alimento de meditaciones. En *Los Siete sobre Deva*, fantasía que la amalgama

del ingenio y la erudición torna encantadora, es americano uno de los interlocutores del brillantísimo diálogo, y Américo se llama. Aun más: se adivina que es mexicano, que es Alfonso Reyes. Se habla ahí del maíz, y de la emigración a estas playas, y el indio y el indiano, y de otras cosas, que a América tocan.

Lo mexicano culmina en el cariño de Alfonso Reyes a su ciudad natal. Cuando, en el extranjero, al servicio de México en misiones diplomáticas, editan un "correo literario" para seguir el comercio intelectual con sus innumerables amigos, *Monterrey* lo titula. Y lo adorna con una viñeta que muestra el panorama parcial de la industriosa urbe y el Cerro de la Silla: al pie se leen, manuscritos, en facsímil, estos versos de sabor popular: "Hermoso cerro de la Silla —quién estuviera en tu horqueta, —una pata pa' Monterrey —y la otra pa' Cadereyta!".

Testimonio de nostalgia era el dibujo. En cada número se anunciaba: "El cerro cae en la página tantos". Una nota personal es eso, muy de Alfonso Reyes, una sonrisa, un toquecillo de intimidad. Y hasta diría yo: un impulso catequístico en beneficio de lo nuestro. Porque, a los amigos extranjeros, la persistencia en la indicación les invitaba a pensar un momento en aquel paisaje; les llevaba, aunque somerísima, una representación de la tierra mexicana.

Es oportuno recordar ahora un pormenor que descubre cuán fervoroso es en Alfonso Reyes el amor a Monterrey. Alude a Kant en *Reloj de Sol* y le llama "el otro regiomontano ilustre", dando por sentado que el regiomontano ilustre por antonomasia es fray Servando de Teresa y Mier Noriega y Guerra. Pronto se divulgó esa perífrasis. Tal vez alguien creyera que el autor aludía a sí mismo, pero —como señalé en un artículo publicado en *Revista de Revistas* el 23 de enero de 1927— se refería al filósofo nacido en Königsberg, que vale por Del-Rey-Monte, Monterrey. Por cierto que se adelantó Alfonso Reyes a José Ortega y Gasset, quien en su ensayo *Filosofía Pura*, recogido en *Tríptico*, volumen editado en 1942, dice: "los grandes libros de exégesis kantiana" aparecidos

hacia 1870, "siguen siendo los libros canónicos sobre el pensador regiomontano". No es esa, cabe añadir, la única vez que Alfonso Reyes, hombre siempre de su tiempo y aun, a menudo, en avance respecto a su tiempo, se anticipa a escritores célebres. En el artículo mencionado cité varios casos. A él me remito.

Recordaré también que Johann Müller, astrónomo del siglo XV, fue llamado *Regiomontanus* porque era de Koenigsberg. "Giovanni de Montereaggio" le llama Américo Vespucci en su carta a Lorenzo di Pier Francesco de' Medici, desde Sevilla, en 1500. Tomo estos datos del libro de Frederick J. Pohl: *Américo Vespucci. Piloto Mayor*.

Muy legítimo es, por lo demás, aplicar la famosa frase al propio Alfonso Reyes; por méritos propios lo ha ganado, por acumulación de méritos. Libro tras libro han salido de su pluma; y no pocos de ellos son obras maestras. Uno o dos bastarían para dar celebridad a un escritor. Quien sólo hubiese compuesto *Ifigenia Cruel* o *Visión de Anáhuac*, *El Cazador* o *El Plano Oblicuo*, *La Antigua Retórica* o el portentoso *Deslinde*, título tendría bastante para alcanzar sitio honrosísimo en las letras mexicanas. ¿Qué decir, pues, de quien todos ellos los creó, junto con muchos más, igualmente fecundos en ideas y de calidad inmarcesible?

Nos habíamos habituado en cierto modo a tal fortuna. Recibíamos con naturalidad, como cosa debida, esos libros excepcionales. Viene a punto, pues, el Premio Nacional de Ciencias y Artes, Sección de Literatura, con que ha sido señalada *La Crítica en la Edad Ateniense*, para concentrar la atención pública sobre la producción magnífica de Alfonso Reyes, para reconocer la preeminencia que sus méritos le dan en la jerarquía literaria. Se aduce como testimonio del genio de Francia el hecho de que tiene siempre una figura que atrae en favor del país la admiración mundial; antaño fue Víctor Hugo —para no remontarnos hasta Voltaire—; después, Renan; en seguida, Anatole France; luego, Paul Valéry. Así para nosotros Alfonso Reyes. Y aquí me bastará ci-

tar unas líneas del certero y equilibrado crítico ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide: "Cuando franceses curiosos e inteligentes —dijo ante auditorio de esa condición— nos pregunten por lo que la América Española da actualmente como tipo de espíritu cultivado, como triunfo de la mezcla de la cultura con el hispanoamericanismo de sangre y de alma, en lugar de perdernos en generalidades les diremos simplemente: —Vean ustedes a Alfonso Reyes".

De parecida manera, el Premio señala al público los méritos de nuestro insigne polígrafo, atrae la atención sobre la continuidad de su labor durante siete lustros, en provecho de la cultura nacional, sobre su interés por todas las manifestaciones elevadas del pensamiento, sobre la rectitud y acierto de sus juicios y la cabal perfección de su arte. Obra llena de vitalidad es la suya, de hondo contenido humano, obra afirmativa, toda de construcción y "deslinde", asomada a lo vernáculo a la vez que a lo universal, y tan vasta y de tal riqueza y altura, que se destaca señera —como en nuestro paisaje los volcanes— en el panorama de las letras mexicanas.

J. M. GONZÁLEZ DE MENDOZA.

Excelsior, México, 17 Nov. 1945.